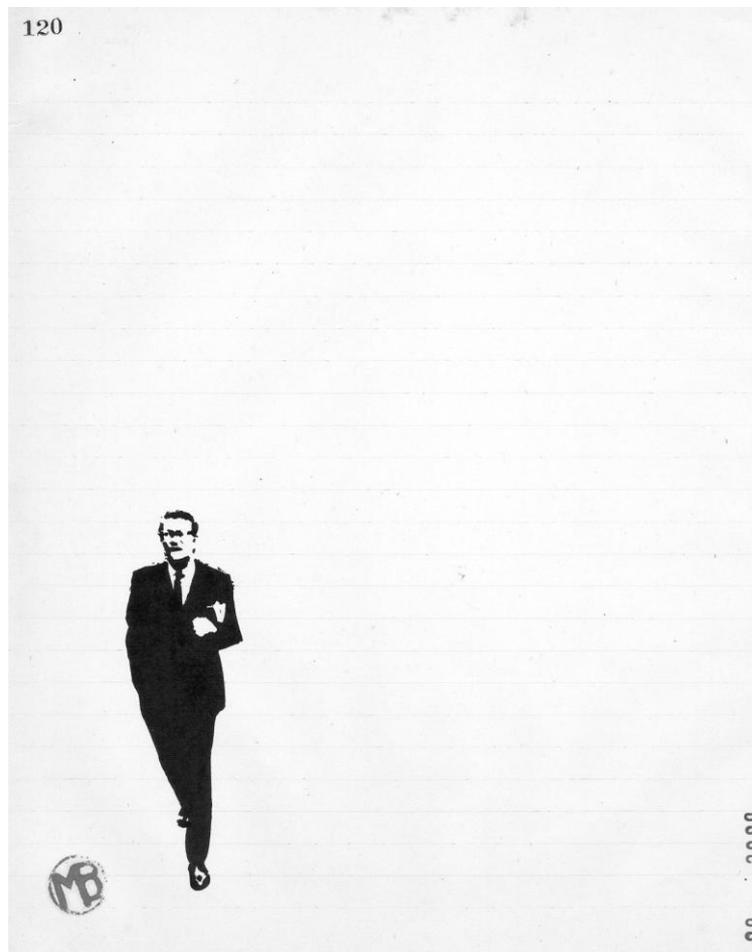


## Mi regalo de Jánuka

Esther Fleisacher

Había algo así como una disonancia entre las tradiciones de mi casa y las de la casa de la abuela y, aún más, con las de mis vecinos de cuadra. Y me pregunto por qué uso la palabra disonancia y no, por ejemplo, discrepancia, por qué esta asociación al sonido: supongo que por el chisporrotear de las velas.

En la casa de la abuela había una Janukía<sup>1</sup>, todo el año cumplía el papel de un adorno exótico, ocupaba un lugar central en el armario, con puertas de vidrio, que había en el corredor, entre la sala y las habitaciones. Pero en diciembre, era la protagonista: salía del armario para ocupar la consola en el comedor, era como si se expandiera con sus nueve brazos: ocho de igual tamaño y uno en el centro, más alto. El primer día se prendía la vela del brazo alto y con esta se encendía una vela; el segundo día, de nuevo se prendía la



Manuela Betancourt, *Gabriel*, tinta sumi sobre papel.

vela del brazo alto y con ella se encendían dos velas; cada día se aumentaba una vela, hasta que el octavo día se completaban ocho. Era un espectáculo hermoso. El resplandor de la Janukía y el del rostro de la abuela eran uno. Había solemnidad en sus gestos cuando llevaba a cabo el ritual del encendido, inmediatamente después de la puesta del sol. Algo se tocaba en mí con profundidad. Siempre recuerdo su nariz sobresaliendo a la mantilla con que cubría su cabeza, sus ojos cerrados y el susurro en que pronunciaba la oración, como si fuera un secreto entre ella y Dios. Y yo no entendía nada cuando evocaba con devoción el suceso del templo de Jerusalén: “Un gran milagro ocurrió allá”, y miraba la Janukía encendida como si tuviera con ella una complicidad antigua que la remontaba al año 165 a. C., cuando después del triunfo de los Macabeos el aceite para un día mantuvo las velas encendidas durante ocho, en el Templo de Jerusalén. Después pasábamos a comer las sufganiot<sup>2</sup>, preparadas por ella para la ocasión. Y antes de que mis primos y yo nos abalanzáramos a coger las bolitas de masa rellenas de mermelada, la abuela advertía: “De a cuatro para cada uno”.

Mi mamá, la hija de la abuela, observaba las fiestas importantes del judaísmo. Tenía siempre especial cuidado en hacer las cosas como la abuela, como si lo esencial fuera la repetición, y no la celebración. Pero Jánuka no se celebraba en mi casa. Ni siquiera había Janukía. Nunca supe el porqué. Tal vez porque diciembre era la época de más trabajo en el almacén de mis papás. Entonces, tampoco había los regalos que era costumbre dar a los niños. Mis amigas judías tenían regalos en diciembre, por Jánuka.





Manuela Betancourt, *Las ramas*, tinta sumi sobre papel de archivo.

Y ni qué decir de mis amiguitos del barrio. Ellos tenían las velitas del siete de diciembre, y como eran en la calle yo podía participar y hacer también una bola de colores con la esperma. Para mí era la fiesta de la cuadra, no lo relacionaba con religión, menos con el próximo nacimiento del niño Jesús ni, menos aún, con las diferencias entre ellos y nosotros. Era una fiesta y me convidaban a buñuelos, natilla y hojuelas; había voladores y luces de bengala. Y yo sentía alegría, pero no

solemnidad. Y también estaban los regalos que recibían mis amiguitos: aguinaldos y el traído del Niño Jesús.

No tenía regalo de Jánuka, tampoco aguinaldos, ni traído; pero tenía regalo por haber ganado el año con calificaciones excelentes. Así que mi respuesta tanto a la pregunta por el regalo de Jánuka como por el traído, era la misma:

—Un reloj —decía yo, con la voz firme y una sonrisa estudiada. Y estiraba mi brazo para mostrar mi reloj Orient con pulsera plateada, que bailaba en mi muñeca.

### Notas

<sup>1</sup> Janukía: candelabro con ocho brazos iguales y uno adicional más alto, que hace parte del ritual en la celebración de Jánuka o fiesta de las luminarias.

<sup>2</sup> Sufganiot (plural de sufganiá): bolitas de masa fritas, rellenas de mermelada, tradicionales en Jánuka.

**Esther Fleisacher** es escritora y psicoanalista. Ha publicado los libros de cuentos *Las tres pasas y otras historias* (Editorial Universidad de Antioquia, 1999) y *La flor desfigurada* (Hombre Nuevo Editores, 2007). Con *Cable a tierra*, un libro de poemas (inédito) ganó en 2000 la Beca de Creación de los Fondos Mixtos para el Arte y la Cultura de Antioquia.